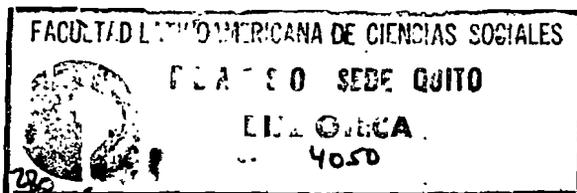


# CHILE

## 1973 - 198?

manuel a. garretón  
patricio chaparro  
francisco cumplido  
augusto varas  
pilar vergara  
javier martínez  
eugenio tironi  
jaime criski  
sergio gómez  
rafael echeverría  
josé joaquín brunner  
heraldo muñoz  
arturo valenzuela  
samuel valenzuela  
tomás moulian



Diseño de Portada: Vesna Sekulović  
Escultura "Apunte" de Humberto Nilo  
Foto: Gentileza Revista Hoy



Ejemplar no comercializable, editado con el exclusivo  
propósito de difundir las ciencias sociales en el país  
(Ley Nº 16.271).

Impreso en Taller "El Gráfico"  
Caliche 806, Santiago de Chile.

# Índice

## CHILE 1973-1980

MANUEL ANTONIO GARRETÓN M.

- 7 Modelo y proyecto político del régimen militar chileno.

PATRICIO CHAPARRO N. / FRANCISCO CUMPLIDO C.

- 25 El proceso de toma de decisiones en el contexto político militar-autoritario chileno. Estudio de dos casos.

AUGUSTO VARAS

- 49 Fuerzas armadas y gobierno militar: corporativización y politización castrense.

PILAR VERGARA

- 65 Las transformaciones del Estado chileno bajo el régimen militar.

JAVIER MARTÍNEZ / EUGENIO TIRONI

- 105 La clase obrera en el nuevo estilo de desarrollo: un enfoque estructural.

JAIME CRISPI SOLER

- 133 El agro chileno después de 1973: expansión capitalista y campesinización pauperizante.

SERGIO GÓMEZ

- 167 Cosas nuevas en el campo.

RAFAEL ECHEVERRÍA

- 181 Política educacional y transformación del sistema de educación en Chile a partir de 1973.

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

- 211 La cultura política del autoritarismo.

HERALDO MUÑOZ

- 229 Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno.

ARTURO VALENZUELA / J. SAMUEL VALENZUELA

- 251 Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno.

TOMÁS MOULIÁN

- 301 La crisis de la izquierda.

chileno proporcione un núcleo de apoyo a las direcciones partidarias que cubren en toda su extensión el *continuum* izquierda-derecha, y es probable que aumente su polarización cuando el debate público se reanude.

### C. Gobierno autoritario y persistencia del panorama político

El panorama político es más o menos impermeable al cambio una vez que ha quedado firmemente establecido. Los períodos de gobierno autoritario, por más largos que sean, poco pueden hacer para socavar esa situación. La idea de que un gobierno autoritario puede comenzar de nuevo y producir una "nueva generación de ciudadanos", para los cuales el pasado sea mera historia, podrá ser atractiva para los gobernantes autoritarios pero va a contracorriente de la obstinada persistencia de ese mismo pasado.

Naturalmente, hasta ahora no pueden extraerse del caso chileno evidencias firmes de la durabilidad de las vinculaciones de la ciudadanía al "panorama político" preexistente. No dispondremos de dicha evidencia hasta que el actual gobierno autoritario ceda el paso, si es que lo hace, a una democracia nuevamente en funcionamiento. De todos modos, podemos examinar otros casos para establecer el grado de continuidad del "panorama político" a la luz de sus tres elementos constitutivos.

Una característica de la mayoría de las situaciones autoritarias es la congelación del desarrollo de reconocimiento de nombres de nuevos líderes vinculados a los partidos de orientación democrática. Se trata de una consecuencia inesperada de la eliminación de las contiendas electorales y contribuye a explicar la retención en la mente pública de los líderes más importantes de los partidos preexistentes como principales alternativas a los gobernantes autoritarios. Cuando la política democrática retorna a la nación, el liderazgo preexistente es vuelto a colocar en el centro de la escena porque el nuevo liderazgo carece de los nombres reconocidos necesarios para tomar el lugar de aquél. Por esta razón Víctor Raúl Haya de la Torre, José María Velasco Ibarra, Juan Domingo Perón, Ricardo Balbín, Víctor Paz Estenssoro, Juan Lechín, etcétera (es tan larga la lista en América Latina) retienen sus posiciones como figuras políticas centrales de todas las aperturas democráticas de sus respectivos países.<sup>84</sup> No hace falta decir que la longevidad de los líderes es condición necesaria para que esta resurrección del liderazgo se produzca; otro factor importante —que ana-

<sup>84</sup> Una excepción significativa de esta observación puede encontrarse en el caso brasileño, ya que la situación brasileña posterior a 1964 generó una nueva dirección política civil. Sin embargo, ésta es una excepción que confirma la regla pues el gobierno militar no cerró del todo el espacio político para una dirección civil. El mero hecho de obligar a la organización de dos partidos, de celebrar elecciones y de tener un Parlamento garantiza tal espacio. Aun así, personalidades tales como Lionel Briçola y Miguel Arraes han podido regresar como líderes políticos hoy en día en Brasil gracias al previo reconocimiento público que se habían granjeado.

lizaremos más adelante— es que conserven un apoyo organizativo que permita el resurgimiento. Una de las grandes ventajas que tuvo Franco —de la que no dispone Pinochet— fue su relativa juventud a principios de la guerra civil española. Sobrevivió prácticamente a toda la élite política de la Segunda República.<sup>35</sup> No es una de las ironías menores de los regímenes autoritarios que el esfuerzo por desplazar a todos los políticos prohibiendo las actividades políticas dé como resultado, en definitiva, la retención del mismo conjunto de líderes políticos que los gobernantes autoritarios atacan en primer lugar.

En aquellos casos en que el régimen autoritario dura más que las direcciones partidarias, la sigla del partido permanece como algo familiar con lo que la masa del público se identifica considerablemente. La organización del partido es, por consiguiente, el conducto a través del cual la nueva generación líder puede obtener rápidamente un nombre reconocido en virtud de la visibilidad y de la presencia en los medios que se produce antes y después de la apertura democrática. Naturalmente, es importante en estos casos que los militantes del partido sostengan la organización y que produzcan un nuevo liderazgo que no esté seriamente amenazado por disensiones internas —algo que no siempre es fácil de cumplir. En otras palabras, según lo hemos señalado antes, es necesario que las direcciones y militantes partidarios organicen las alternativas ofrecidas al electorado; si no son capaces de hacerlo cuando se presente una apertura democrática la sigla del partido puede ser simplemente algo del pasado. El surgimiento de un hombre como Felipe González como líder político máximo, que capitaliza el nombre del histórico Partido Socialista Obrero Español, constituye un excelente ejemplo de este tipo de retención de un elemento del panorama político del sistema democrático que existía antes del régimen autoritario. La falta de continuidad de las siglas partidarias de centro y de derecha del espectro político, desde la Segunda República española hasta el panorama actual, refleja, en gran medida, la disolución de esas organizaciones partidarias durante los años de Franco. La consecuente proliferación de literalmente cientos de partidos, antes de las primeras elecciones nacionales, es sintomática de la falta de conductos bien estructurados para la formación de militancias y direcciones políticas en esa zona del espectro político.

La retención por parte del público de masas de una autoidentificación en el *continuum* izquierda-derecha es, sin embargo, tan importante como la retención de un sentido de autoidentificación con siglas partidarias determinadas. El análisis de los datos realizado por Juan Linz mostró que el público español tenía un sentimiento bien desarrollado de autoidentifi-

<sup>35</sup> Gil Robles es la única figura principal que haya sobrevivido a casi cuatro décadas de régimen autoritario. El regreso a Cataluña de José Taradellas tuvo una importancia simbólica y legitimadora, pero Taradellas era demasiado viejo y de salud demasiado frágil para convertirse en un factor de la constelación dirigente. Santiago Carrillo y, por supuesto, Dolores Ibarruri se remontan a la Segunda República, pero no eran figuras políticas prominentes, en particular antes del inicio de la Guerra Civil.

cación a lo largo del *continuum* izquierda-derecha, pese al prolongado gobierno de Franco, y que —como ya lo hemos señalado— se produjo un proceso de polarización luego de la difusión de los programas e ideologías de los partidos.<sup>36</sup> Es la presencia de una fracción importante del electorado con sentido de identificación con una parte del *continuum* ideológico y programático izquierda-derecha, y que al mismo tiempo no está relacionado con siglas partidarias existentes y viables, lo que crea el “espacio” para el surgimiento de nuevos partidos. Es precisamente esta situación la que está en las raíces del éxito de Adolfo Suárez cuando éste creó la Unión del Centro Democrático. Aunque al principio no fue más que una federación de muchos pequeños grupos formados para convocar al electorado de centro y de centro-derecha, la ucd se ha ido convirtiendo cada vez más en un partido completamente maduro por derecho propio, a pesar de la división en facciones.

No es fácil descubrir todos los elementos que contribuyen a la retención de un sentimiento de autoidentificación con una sigla partidaria particular o con una posición definida en el espectro ideológico izquierda-derecha. Por cierto, el hecho de que las divisiones de izquierda o derecha correspondan a divisiones ideológicas internacionales contribuye a sustentar un sentimiento de autoubicación, aun cuando exista poca participación y actividad política. Asimismo, el conocimiento de una historia política familiar, los contactos ocasionales con organizaciones civiles en las que se difunde un mensaje político, el constante proceso de evaluar todas las declaraciones públicas de las autoridades y líderes gubernamentales, militares, religiosos y civiles a la luz de criterios provenientes de las categorías políticas pre-existentes, las ocasionales frustraciones experimentadas al tratar con las autoridades del gobierno, etcétera, todo ello tiene como resultado un reforzamiento del proceso permanente de autoubicación que conserva los rasgos esenciales del “panorama político”. Por consiguiente, inclusive después de casi cuatro décadas de gobierno franquista, Juan Linz señala las siguientes correlaciones entre las votaciones de 1936 y 1977: PSOE/PSOE, .60; izquierda/comunismo, .68; Confederación Española de Derechas Autónomas/Unión del Centro Democrático, .46; derecha/Acción Popular, .38.<sup>37</sup> Por otra parte, debe señalarse que los sectores que adhieren explícitamente al pasado, hasta el punto de rechazar la instauración de instituciones democráticas, están representados en el Parlamento por un solo diputado (Blas Piñar, de Fuerza Nueva), y que —según indica Juan Linz— el electorado de la ucd se siente más próximo al Partido Comunista que a este último grupo.<sup>38</sup> De la misma manera, merece señalarse que la Coalición de Derecha Democrática dirigida por Fraga Iribarne obtuvo en 1979 solamente el 6.1% de los votos.<sup>39</sup> En consecuencia, si el proyecto político del actual gobierno es la creación de una nueva genera-

<sup>36</sup> Véase supra, nota 33.

<sup>37</sup> Juan Linz, p. 3 y cuadro 1. Todas las correlaciones son a nivel provincial.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>39</sup> *Ibid.*, cuadro 6.

ción de chilenos que adopten una posición de consenso ante los valores de los círculos gobernantes actuales, es conveniente notar que el parecido intento de Franco de reducir las diferencias políticas a un "legítimo contraste de pareceres" \* chocó con un resonante fracaso a pesar de lo prolongado de su gobierno.

Hemos afirmado antes que el "panorama político" chileno, dada la durabilidad del anterior sistema democrático de la nación, estaba firmemente atrincherado en la mente de la ciudadanía. Es cierto que, de todos los ensayos de gobierno autoritario, el actual intento chileno fue edificado sobre la destrucción del régimen democrático más prolongado. Por esta razón, los partidos chilenos no carecían de direcciones visibles en organizaciones gubernamentales, del Congreso, municipales y civiles. Poseían, además, una larga tradición de contiendas electorales a lo largo de la nación, lo cual pudo crear un sentimiento relativamente fuerte de reconocimiento e identificación con las siglas partidarias. Y es importante señalar que los partidos chilenos se distribuían en el espectro ideológico, lo cual refuerza la importancia del *continuum* izquierda-derecha como medida para evaluar las actitudes políticas y asociar estas posiciones con siglas partidarias particulares. Por consiguiente, es fácil para el ciudadano chileno comprender las posiciones políticas expresadas en declaraciones públicas, con muchas mayor sencillez, por ejemplo, que a un venezolano. Más aún, las divisiones políticas internas corresponden muy estrechamente a las divisiones ideológicas y partidarias que existen en el nivel internacional. Los demócratas cristianos, radicales, socialistas y comunistas encuentran en Europa occidental y América Latina sus partidos y movimientos correspondientes, mientras que los actuales gobernantes autoritarios están políticamente aislados. En consecuencia, los chilenos no se encuentran en la difícil situación de los peronistas argentinos, que no encuentran ninguna correspondencia simple entre su propio movimiento y los que existen en el plano internacional.

En resumen, puede decirse que el "panorama político" chileno seguirá estando en la ciudadanía durante un largo período. No obstante, para que dicha retención sea convertida realmente en apoyo político a los partidos preexistentes en una futura apertura democrática, es necesario que las direcciones y los militantes de estos partidos conserven, a su vez, la viabilidad de las respectivas organizaciones. El grado en que consigan hacerlo no sólo preservará la organicidad del partido sino que, en cierta medida, contribuirá a conservar la actualidad del propio "panorama político". La manera en que los diferentes partidos conserven sus militancias es algo que atañe en gran medida a la articulación de los partidos con las organizaciones de la sociedad civil. Analizaremos este aspecto inmediatamente después de unos breves comentarios sobre los efectos del régimen autoritario en la estructura interna de los partidos.

\* En español en el original. [1.]

## Repercusión de la situación autoritaria en la estructura interna de los partidos chilenos

Es obvio que la imposición de un gobierno autoritario tiene importantes consecuencias en el funcionamiento interno de los partidos como organizaciones. Las direcciones tienen mayores dificultades para mantener los contactos con las bases, lo cual significa que las decisiones del partido son tomadas con menores consultas a la base y que las direcciones pueden encontrar muchas dificultades para legitimar tanto sus posiciones como sus decisiones. Los congresos partidarios ya no pueden realizarse abiertamente y las reuniones del partido —con el fin de evitar que se descubran— tienden a involucrar a menos personas. Los militantes en su conjunto sufren la falta de información respecto de las actividades del partido en otras zonas del país y del mundo, lo cual origina actitudes de rebelión interna contra la dirección o de simple apatía. Las limitaciones impuestas a las actividades que vinculan al partido con los elementos de masa incrementan la importancia de los grupos de estudio, que procuran la elaboración ideológica y programática en los núcleos de militantes. Paradójicamente, entonces, el esfuerzo por despolitizar la sociedad imponiendo un receso político fortalece las posiciones ideológicas dentro de los partidos debido al esfuerzo de éstos por mantener un sentimiento de identidad diferenciada.<sup>40</sup>

Como quiera que sea, no todas estas consecuencias del gobierno autoritario en las estructuras internas de los partidos se refleja de igual manera en cada uno de ellos. La naturaleza y el grado en que los distintos partidos son afectados varían de acuerdo con tres factores: en primer lugar, la posición del gobierno ante cada partido específico; en segundo lugar, la posición de los partidos respecto del gobierno, y, finalmente, la estructura preexistente y la relativa cohesión de los partidos anterior al golpe militar de septiembre de 1973. Analicemos la situación actual de los principales partidos en relación con esas tres variables. Comenzaremos por los partidos de la derecha.

1] *La derecha*. Los partidos de derecha —el Partido Nacional lo mismo que el mucho más pequeño Partido Demócrata Radical y los electoralmente insignificantes grupúsculos fascistas, de los cuales el más prominente era Patria y Libertad— fueron declarados en “receso” mediante un decreto gubernamental.<sup>41</sup> Esto significó, oficialmente al menos, que los partidos no podían admitir nuevos miembros, renovar sus direcciones y realizar

<sup>40</sup> Queremos expresar nuestro agradecimiento a nuestros colegas, a los observadores y a los líderes de partido así como a sus miembros, todos ellos chilenos, que tuvieron a bien compartir sus experiencias y observaciones con nosotros en los Estados Unidos, Europa y Chile. Por desgracia, no podemos mencionar sus nombres.

<sup>41</sup> El “receso” fue impuesto por el decreto núm. 77 de septiembre de 1973.

reuniones sin notificarlo a las autoridades. Los sectores mencionados respondieron positivamente a esa acción del gobierno y en parte por esta razón puede decirse que los partidos de derecha han dejado en gran parte de funcionar como organizaciones. La aceptación de la prohibición gubernamental como si fuera autoimpuesta forma parte del hecho de que, con pocas excepciones, dichos sectores comparten la misma definición de la crisis chilena sostenida por los círculos del gobierno y se identifican en gran medida con el programa general del actual régimen.<sup>42</sup> Como consecuencia de esta identificación, la derecha ha permanecido cerca de los círculos del poder. Además de proporcionar figuras prominentes al Consejo de Estado, a las comisiones encargadas de redactar una nueva constitución y al cuerpo diplomático, los sectores de derecha se han hecho cargo de las posiciones más importantes en la Universidad y han sido designados alcaldes en la mayoría de las municipalidades del país.<sup>43</sup>

De todos modos, la identificación de la dirección derechista con el gobierno no ha sido total, situación que ha producido cierta fragmentación dentro de ella. Algunos derechistas, como Hernán Correa Letelier y Julio Subercasseaux, se han pasado abiertamente a la oposición para formar parte del llamado "Grupo de los 24", la muy visible, constitucional y legal comisión de estudios, establecida con representación de todos los partidos dentro de Chile. Forman parte de un pequeño núcleo de derecha que conserva su adhesión a los principios tradicionales de la democracia chilena y evita que se lo identifique con el gobierno. Otros, según hemos señalado antes, pueden ser caracterizados dentro de una semioposición siguiendo los términos de Linz, es decir, se trata de figuras que no están de acuerdo con aspectos específicos de la política del gobierno pero que estarían dispuestas a colaborar con éste si las condiciones fueran corregidas. Es el caso de Francisco Bulnes Sanfuentes, que actuó en el servicio diplomático pero cuyas declaraciones han subrayado por lo general el valor de un régimen democrático basado en la confrontación electoral. En cambio, Pedro Ibáñez, Sergio Onofre Jarpa y Mario Arnelo han mantenido invariable su apoyo al gobierno. Pedro Ibáñez, a pesar de sus anteriores actividades como senador, ha señalado que "la democracia es congénitamente mala".<sup>44</sup>

En resumen, el actual gobierno autoritario ha conducido a una situación en que la derecha encuentra que gran parte de su programa y de su política ha sido llevada a cabo, pero en la cual los partidos derechistas no han

<sup>42</sup> Para una elocuente entrevista con el líder principal del Partido Nacional durante el gobierno de la Unidad Popular, Sergio Onofre Jarpa, véase *Qué Pasa*, núm. 144, 25 de enero de 1974. Onofre Jarpa declara aquí claramente que el gobierno militar adoptó la línea política del Partido Nacional, y que el partido acepta gustosamente el receso político. También declara que es necesario ir más allá de las meras reformas para crear un "nuevo Estado".

<sup>43</sup> Después del golpe militar, el gobierno nombró a muchos demócratas cristianos en las alcaldías del país. Sin embargo, pronto fueron expulsados y remplazados por derechistas y por personal militar.

<sup>44</sup> Véase su entrevista en *Hoy*, III, núm. 124, del 5 al 11 de diciembre de 1979, p. 13.

conservado su unidad orgánica. Una buena porción del debate interno en los círculos gubernamentales, debate cuyas líneas no están claramente trazadas, es alimentado por esta fragmentación de la derecha. Dicho debate ha originado un nuevo prisma de grupos de derecha, en los cuales hay escasa presencia de la antigua dirección de la derecha política. Debido a la relativa dispersión de la derecha, ésta encontrará dificultades para rearticular sus cuadros y presentar una convocatoria coherente y unificada en el caso eventual de una apertura democrática. Esta dispersión es la consecuencia inevitable de la identificación de dichos partidos con un gobierno que elude la política y condena a los partidos. Evidentemente plantea problemas para un futuro democrático. Sin una organización electoral de derecha, el sistema de partidos chileno corre el riesgo de ser "argentizado", con una derecha volcada a expedientes no electorales y alianzas con los sectores militares para llevar adelante sus intereses.

2] *Los demócratas cristianos.* Respecto de los demócratas cristianos, debe señalarse que sus principales líderes jamás aceptaron la definición dada por el gobierno actual de la crisis chilena como de régimen y sociedad, y cuestionaron desde el principio la legitimidad y validez de las tesis renovacionistas del proyecto gubernamental de largo alcance. En la nueva división entre partidos que apoyan la transformación del sistema político y partidos que siguen adhiriendo al régimen democrático anterior, los demócratas cristianos se ubican claramente en la segunda categoría.

No obstante, ellos estuvieron en primera fila en la coalición que se opuso al gobierno de la Unidad Popular y la dirección nacional del partido generalmente aceptó que el golpe militar de 1973 fue el resultado inevitable de lo que ellos consideraban como errores, ambigüedades y progresivo totalitarismo<sup>45</sup> de la Unidad Popular. Los demócratas cristianos fueron colocados en una situación inusual por el establecimiento del gobierno militar. Su actitud relativamente abierta al golpe militar contrastaba agudamente con la posición de los partidos de la izquierda. Pero su oposición a las

<sup>45</sup> No existía en absoluto unanimidad en el partido al reaccionar inicialmente a los acontecimientos de 1973. Véase en particular un documento fechado el 7 de noviembre de 1973, escrito por Radomiro Tomic, en el que analiza las divisiones en el partido. Si bien se destinaba al debate interno, el documento logró gran circulación mediante múltiples fotocopias. Véase también la declaración firmada por Bernardo Leighton, Claudio Huepe, Andrés Aylwin, Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Fernando Sanhueza, Sergio Saavedra, Mariano Ruiz Esquide, Jorge Cash, Jorge Donoso, Belisario Velasco, Ignacio Balbotín, Florencio Ceballos, Radomiro Tomic, Waldemar Carrasco y Mariano Pennall, todos prominentes demócratas cristianos que condenaron enérgicamente el golpe militar, y manifestaron su desacuerdo con una declaración moderada de la Dirección Nacional que prácticamente aceptó la acción militar. Estas declaraciones aparecen en *Chile-América*, núm. 4, enero de 1975, pp. 43-44. *Chile-América* publicó una cronología muy útil de las relaciones entre el Partido Demócrata Cristiano y el gobierno militar durante el siguiente año y medio, que detalla la creciente oposición y confrontación entre los dos. Véase *Chile-América*, núms. 4 y 5, enero de 1975, y núms. 6 y 7, abril de 1975.

tesis renovacionistas, además de un fuerte rechazo hacia los demócratas cristianos por parte de los militares y la derecha, los colocó en un proceso de enfrentamiento con las nuevas autoridades; dicho proceso los llevó muy pronto a desarrollar vínculos cada vez mayores con sectores de la izquierda que habían planteado como prioridad política inmediata el retorno a las líneas tradicionales de la democracia constitucional.

Dada su oposición al gobierno de la Unidad Popular, las autoridades militares impusieron inicialmente al Partido Demócrata Cristiano las mismas restricciones que a los partidos de derecha, es decir, un "receso" forzado y no una prohibición completa —como la sufrida por los partidos de la coalición de la Unidad Popular.<sup>46</sup> Pero, a diferencia de la derecha, los demócratas cristianos nunca aceptaron este "receso". Como fuerza de oposición, trataron de conservar la vitalidad y coherencia de su red partidaria. Inevitablemente, esto significó que se sospechara que en sus reuniones "se hacía política" (una violación de la ley) y que las relaciones entre el partido y el gobierno militar se hicieran gradualmente cada vez más agrias. Pronto el partido se unió a los sectores de la Iglesia que criticaban las violaciones de los derechos humanos por parte del gobierno, las consecuencias sociales de la nueva política económica y la expulsión de sus miembros de los cargos en la administración, empresas públicas, universidades y municipalidades.<sup>47</sup> Algunos militantes y líderes demócratas cristianos fueron encarcelados o enviados al exilio, dentro del país o en el extranjero.<sup>48</sup>

Finalmente, como consecuencia del descubrimiento por parte del gobierno de documentos internos escritos por los líderes máximos del partido, en los cuales se cuestionaba la legitimidad del gobierno militar al analizar los objetivos de corto y largo alcance del partido, las autoridades emitieron en marzo de 1977 un nuevo decreto declarando la "disolución"

<sup>46</sup> Según el mismo decreto núm. 77. Véase nota 41.

<sup>47</sup> Este último proceso es designado familiarmente por los demócratas cristianos como el "salameo" esto es, el corte de las posiciones de poder del partido rebanada por rebanada, como un salami.

En realidad, el deterioro de las relaciones entre el gobierno militar y el Partido Demócrata Cristiano empezó en el momento en que Eduardo Frei, el ex presidente democristiano, se rehusó a acompañar a los otros dos ex presidentes, Gabriel González Videla y Jorge Alessandri, a saludar a los cuatro miembros de la junta de gobierno después de la tradicional misa de Te Deum del día de la independencia, el 18 de septiembre de 1973. El general Pinochet menciona el incidente en su relato de la manera en que se planeó y ejecutó el golpe militar, y atribuye la actitud de Frei al disgusto de éste por no haber sido informado previamente del cierre del Congreso y del retiro de su vehículo oficial (Frei era en aquel momento presidente del Senado). Véase Augusto Pinochet, *El día decisivo: 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1979), p. 153.

<sup>48</sup> Una relación de los primeros arrestos de demócratas cristianos y de las reacciones de los dirigentes del partido aparece en la cronología de *Chile-América* acerca de las relaciones entre el partido y el gobierno militar, cit. supra, nota 45.

del Partido Demócrata Cristiano bajo la apariencia de una disolución de todos los partidos.<sup>49</sup>

Como fuerza de oposición, el Partido Demócrata Cristiano goza de grandes ventajas respecto de los partidos de izquierda. Su dirección principal y sus figuras más renombradas permanecen en Chile y son citadas a menudo en la prensa. El partido posee canales de comunicación masiva —una revista semanal, una estación de radio, una editorial— y sus líderes e intelectuales escriben con frecuencia en los medios controlados por la Iglesia y en la página abierta del principal periódico. Sus dirigentes sindicales y estudiantiles son importantes figuras públicas. En consecuencia, el partido tiene muchas más facilidades que los partidos de izquierda para presentar sus mensajes al público y para mantener a sus militantes y antiguo electorado informados sobre las posiciones del partido acerca de los principales temas del momento. La estrecha relación entre el partido y la Iglesia, así como la relativa invulnerabilidad de esta última a los ataques del gobierno, ha significado que el partido (y también otros partidos, según señalaremos después) se beneficiara con la “sombrija” del apoyo eclesástico.

La relativa facilidad con que el partido ha podido actuar dentro de Chile le permitió renovar su dirección máxima, realizar frecuentes reuniones entre los líderes máximos y medios, actuales y anteriores, y llevar a cabo cierto grado de consulta con propósitos informativos con una parte significativa de las bases. Estas reuniones tienden a limitarse a pequeños grupos y parecen realizarse sólo cuando el brazo represor del gobierno afloja su presión. En la mayoría de las reuniones se pone énfasis en el análisis, el estudio y la reflexión con expertos y líderes del partido y no en la planificación de estrategias para la acción política inmediata. Las reuniones cumplen la función de mantener la lealtad al partido y la identidad partidaria, y reflejan el intento de la dirección de contrarrestar la posible influencia de las penetrantes campañas de propaganda gubernamental en las concepciones de las bases.

La presencia en Chile de los dirigentes de las dos facciones principales del partido —una más a la izquierda, la otra más a la derecha— ha permitido que el partido mantenga un constante diálogo entre ambas tendencias y conserve, o incluso fortalezca, su cohesión, mientras que las recriminaciones y divisiones acerca del papel desempeñado o no por el partido antes del golpe han cesado.

<sup>49</sup> Véase el texto del decreto (núm. 1 697) en *La Tercera de la Hora*, 13 de marzo de 1977, p. 2. El comentario en el periódico señala claramente que si bien la disolución es una medida tomada en contra de todos los partidos en “receso”, se dirige exclusivamente al Demócrata Cristiano pues “el Partido Nacional se disolvió *motu proprio* después de que las fuerzas armadas tomaran el poder y el Partido Radical Democrático prácticamente no existe”, p. 2.

La misma edición del 13 de marzo de 1977 del periódico reproduce íntegramente los documentos internos del Partido Demócrata Cristiano. Probablemente sea cierto que algunos de los líderes del partido deseaban dar publicidad a los documentos como medio de dar a conocer ampliamente su postura.

3] *Los partidos de izquierda.* Los partidos que constituían la Unidad Popular han soportado el embate más fuerte de la represión gubernamental y, como consecuencia, han sufrido enormemente por la dispersión de sus líderes más renombrados a lo largo de todo el mundo. Perdieron asimismo muchos experimentados dirigentes de nivel medio, que resultaban altamente visibles en los barrios, en las aldeas y en el movimiento obrero. Por consiguiente, los partidos han enfrentado enormes dificultades en la compleja tarea de reconstruir una dirección y una estructura organizativa. El problema más significativo es que el proceso de reconstrucción de una dirección interna ha llevado a cuestionar, por parte de algunas porciones de la base, la legitimidad de los nuevos líderes. También ha originado diferencias entre los líderes internos y la altamente visible dirección externa que atrae la atención de la prensa internacional y sigue desempeñando un papel crítico para trazar las posiciones del partido acerca de temas signi- cativos y de los programas de largo alcance.

Si bien estos problemas han afectado a todos los partidos de la Unidad Popular, es importante señalar que no afectaron a todos de la misma manera. La variable crucial que explica la diferencia es el grado de cohesión anterior de la estructura interna de cada partido.

El partido socialista ha sido con toda evidencia el más afectado por la situación actual, puesto que antes de los sucesos de 1973 carecía de una dirección cohesiva y no ha desarrollado un sentido de disciplina interna.<sup>50</sup> El Partido Socialista ha tenido siempre una historia de rivalidades entre diferentes facciones y de gran disensión interna, la cual condujo a veces a rupturas y a la formación de nuevos partidos. Las actuales dificultades del partido pueden encontrarse ya en el Congreso de Chillán de 1967, que adoptó un programa revolucionario con el cual no estuvieron de acuerdo varios de los principales dirigentes del partido. Desde aquella fecha, y especialmente durante el gobierno de la Unidad Popular, la combatividad del partido creció considerablemente, al incorporarse nuevos miembros cuya principal característica era una adhesión a las líneas generales del programa de Chillán. Este sector del partido apoyó la elección del senador Carlos Altamirano como secretario general del partido en enero de 1971, designación que el presidente Allende también apoyó por razones complejas que se vinculan, en parte, con su estrategia, usada frecuentemente, de tratar de cooptar a los adversarios potenciales otorgándoles posiciones de responsabilidad. El liderazgo de Altamirano fue una fuente de tensiones constantes con el gobierno de Allende, y el presidente no pudo contar con la lealtad de su propio partido al tomar decisiones que implicaban acuerdos conciliatorios con la oposición. Si bien Allende nunca rompió abiertamente con Altamirano, trató siempre de apuntalar la posición de Clodomiro Almeida dentro de la dirección máxima del partido

<sup>50</sup> Para un análisis extenso de la crisis dentro del Partido Socialista, véase *Chile-América*, expediente titulado "La crisis en el socialismo chileno", núms. 54-55, junio de 1979, pp. 81-137.

como fuerza contrapuesta a Altamirano y como alternativa preparada para la secretaría general.

En los últimos años el Partido Socialista ha sido conmovido por la ruptura entre Almeida y Altamirano, ruptura que la ambigüedad de la herencia política de Allende ha hecho poco por resolver. Dicha ruptura desgastó las energías de los líderes y militantes del exterior, produciendo una ola de renunciaciones entre los miembros del partido. También afectó a los miembros que están en Chile, puesto que las direcciones rivales del exterior han afirmado que el apoyo de los militantes en Chile será la prueba decisiva de la legitimidad de sus respectivas posiciones.

El problema es que los esfuerzos por constituir una dirección interna única sólo ha contribuido a incrementar las disputas y la mayor fragmentación del partido. Si bien el sector originariamente vinculado a Carlos Altamirano logró en cierto momento producir una apariencia de red partidaria unificada y coordinada, su propio éxito condujo a un verdadero estallido de disputas y, al menos temporariamente, al ascenso del sector de Almeida.

Sería un error, sin embargo, culpar de estas graves dificultades solamente al partido y sus dirigentes. Los socialistas afrontan el espinoso problema de un partido básicamente democrático que intenta legitimar su dirección en una situación autoritaria. Anteriormente, las disputas por la dirección podían ser expuestas y planteadas, al menos temporariamente, en congresos del partido a los que asistían delegados elegidos por las organizaciones partidarias locales. Durante décadas, un proceso electoral más o menos abierto contribuyó a definir los pesos relativos de las distintas facciones. En cambio, como organización proscrita y sujeta a la vigilancia de los agentes del gobierno militar, el partido ha tenido que recurrir a reuniones secretas y a técnicas organizativas clandestinas. Esto ha hecho extremadamente difícil juzgar la representatividad de los nuevos grupos dirigentes que, por turno, son proclamados por una u otras de las facciones más consolidadas. Una separación significativa se ha desarrollado, por cierto, entre el grupo de los dirigentes más antiguos y los dirigentes más nuevos, inclusive jóvenes, que han logrado construir redes clandestinas. A falta de un proceso electoral interno viable, es imposible que la antigua dirección evalúe la magnitud del apoyo con que cuenta la dirección nueva; es igualmente dificultoso para la nueva dirección establecer en qué medida las bases todavía consideran a los antiguos dirigentes como verdaderos líderes de la organización.

La falta de mecanismos internos efectivos que puedan legitimar la dirección y resolver los equilibrios de poder en el partido, sumada a la falta de elecciones en la sociedad general —lo cual en épocas democráticas obligaba al partido a llegar a acuerdos con el imperativo más práctico de ganar las elecciones—, ha contribuido a exacerbar las disputas ideológicas y de facción que consumen la energía de los militantes. Esto ha originado cierto grado de parálisis que afecta las funciones organizativas y coloca al partido en desventaja al tratar con los demás partidos de la izquierda

y, en general, de la oposición. El partido existe como un gran conjunto de núcleos y una autoridad central escasamente concertada entre ellos. Existe el peligro de que la lucha ideológica y organizativa deje al partido en una situación débil para el caso de que se produzca una apertura democrática relativamente temprana. Si bien el electorado del partido no ha sido afectado significativamente, las dificultades organizativas dañarán la capacidad del partido para presentar una alternativa socialista unificada que movilice al electorado.

En cambio, el Partido Comunista, aunque severamente afectado por la represión del gobierno, ha logrado resistir el régimen autoritario con mucho mayor éxito. Su experiencia como organización clandestina en los años cincuenta, cuando el partido era ilegal, y su disciplina y cohesión internas mucho mayores, le han permitido mantener un marco organizativo con unidad de propósitos y dirección. De particular valor ha sido la organización celular del partido, la práctica de designar un Comité Central alternativo y clandestino tan pronto como el comité en vigencia asume sus funciones y la longevidad de la actual dirección del partido. Consecuentemente, el partido no enfrenta las severas dificultades que enfrentan los socialistas para legitimar su dirección y dar coherencia a sus líneas programáticas.

Los comunistas gozan también de una tremenda ventaja sobre sus rivales de la izquierda: el acceso a una gran audiencia en el país a través de las transmisiones nocturnas de dos horas diarias por onda corta, dirigidas a Chile por Radio Moscú. Estos programas no sólo transmiten comentarios sobre asuntos internos realizados por la dirección del partido en el exterior, que de esta manera mantiene sus nombres y voces ante los militantes, sino que constituyen un canal para informar sobre acontecimientos internos de Chile y transmitir noticias del movimiento de resistencia. Los comunistas, por consiguiente, junto con los demócratas cristianos, tienen acceso a medios de comunicación que van más allá de las publicaciones clandestinas que produce la mayoría de los grupos.

Si bien el Partido Comunista distingue claramente entre dirección externa e interna, esta última está a cargo de la estrategia política inmediata mientras que aquélla proporciona líneas directrices más amplias y de largo alcance. La operación de Radio Moscú no sólo mantiene a la dirección externa presente en Chile; sus transmisiones son también una prueba de que dicha dirección se mantiene muy bien informada sobre lo que ocurre en Chile. Es sorprendente lo familiarizados que esos comentarios están con los asuntos internos, hasta el punto de que a menudo utilizan los últimos giros de las expresiones coloquiales del país.

Los partidos más pequeños de la izquierda enfrentan algunas de las mismas dificultades de los socialistas, pero su naturaleza fragmentaria significa que poseen poco poder de convocatoria a porciones más amplias del paisaje político chileno. Sus actividades tienden a reducirse a operaciones de cierto sentido de identidad. Como hemos señalado antes, desempeñan funciones en pequeña escala de redes embrionarias que procuran mantener

ta función al proporcionar vínculos personales entre los diversos grupos políticos y mantener cierta presencia en importantes círculos intelectuales.

Para concluir esta sección, debemos subrayar que las restricciones impuestas por el gobierno a las actividades partidarias conducen a un atrincheramiento de la acción en el corazón de los fieles. Esta situación, junto con la ausencia del aspecto electoral de la política —aspecto que tan importante fue en la labor de los militantes antes de 1973—, fortalece la primacía de los temas ideológicos y programáticos, lo cual, a su vez, plantea nuevos desafíos a la tarea de construir puentes de oposición entre las distintas líneas del partido y minimizar las divisiones internas. Desde el punto de vista del gobierno, esto tiene la no deseada consecuencia de exacerbar, y no reducir, las tendencias ideológicas de la política de partidos chilena.

### **Articulación de las redes partidarias con la sociedad civil**

Tradicionalmente, los partidos chilenos han tenido vínculos amplios con las organizaciones de la sociedad civil. Sus militantes han estado presentes en sindicatos, comités de barrio, clubes de madres, asociaciones estudiantiles, etcétera, respondiendo al objetivo de los partidos de aumentar sus adherentes. Como hemos señalado antes, las autoridades militares consideraron que esta interpretación de redes partidarias y organizaciones civiles era una manifestación de politización excesiva, un síntoma de la crisis de la sociedad chilena. Su objetivo, por lo tanto, es eliminar a los militantes de los partidos del timón de esas organizaciones como primer paso hacia la creación de un nuevo orden social consensual.

Y sin embargo, en lo que es una de las grandes contradicciones del régimen actual, el marco político que éste creó ha llevado a una politización aún mayor de las organizaciones de la sociedad civil, aún cuando el nivel general de actividad haya declinado. Según la interpretación más inmediata, ésta es una de las consecuencias del propio intento de las autoridades por establecer a las organizaciones de la sociedad civil como sus principales interlocutores, como lugar para construir una nueva generación de líderes. En tanto tales, esas organizaciones son, naturalmente, lanzadas al centro del escenario político. Según una interpretación más profunda, sin embargo, el aumento de la politización resulta del hecho de que el régimen define la legitimidad del espacio organizativo con fracciones encapsuladas de la ciudadanía, al tiempo que revoca *per se* toda política de partidos. Las organizaciones de la sociedad civil se convierten, en consecuencia, en un sustituto del escenario político, en un canal central a través del cual pueden expresarse públicamente las opiniones políticas y, virtualmente, en el único vehículo a través del cual los militantes de los partidos

pueden conservar el vínculo con la masa de adherentes. Por consiguiente, todos los partidos de oposición han volcado sus esfuerzos al fortalecimiento de su presencia en dichas organizaciones, lo cual transforma a éstas en pista principal de la competencia entre partidos, en un momento en que la suspensión de las elecciones nacionales no proporciona ningún otro medio para calibrar los caudales de cada uno.

Debe señalarse que esta tarea es facilitada por el hecho de que el actual régimen ha creado un Estado de no partidos, eludiendo el modelo fascista. Si hubiera un partido —más o menos coherente ideológicamente— las organizaciones de la sociedad civil se encontrarían entre los militantes del régimen y los militantes de los partidos de oposición, con obvia desventaja para la acción de estos últimos.

En contraste con la esfera propiamente política, las organizaciones de la sociedad civil contienen un gran número de líderes e incluso militantes identificados con los objetivos específicos de las organizaciones, pero que son independientes de las redes partidarias —aun cuando puedan tener simpatías políticas. En consecuencia, los militantes de partido compiten en dos niveles dentro de estas organizaciones: por un lado, contra los militantes de otros partidos y los independientes para lograr posiciones de liderazgo formal; y por otro, contra los militantes de otros partidos para captar la adhesión y el apoyo de las figuras independientes más capaces. Los militantes de partidos poseen, sin embargo, varias ventajas respecto de los independientes. Su lealtad partidaria les proporciona una identidad común para construir una red dentro de la organización, lo cual los ayuda a coordinar esfuerzos para colocar a miembros del partido en posiciones de liderazgo. Además, debe señalarse que los militantes de los partidos tienden a ser los más activos individualmente, los que dedican más tiempo y esfuerzo a todas las formas de militancia. Asimismo, puesto que el partido proporciona a sus militantes una red que se extiende más allá de la organización civil específica e incluye unidades ubicadas a lo largo de toda la sociedad, los militantes tienen la posibilidad de obtener recursos externos provenientes de la red ampliada para lograr objetivos específicos de la organización. Uno de los medios principales para captar la adhesión de los líderes independientes es, por cierto, el de ofrecer los recursos de dicha red más amplia. Como es obvio, los tipos de recursos que se necesitan varían de una organización a otra.

Si bien esta forma de competencia existía antes del golpe militar, ha cambiado después de varias maneras. En primer lugar, mientras antes era relativamente abierta, hoy se ha vuelto subrepticia. La diferenciación entre figuras independientes y activistas del partido es, obviamente, algo que los militantes procuran conscientemente ocultar presentándose simplemente como miembros del grupo constitutivo donde actúan. Este es uno de los elementos que induce a los observadores a creer que en Chile ha ocurrido una despolitización (aunque ha ocurrido obviamente una desmovilización, que no es la misma cosa) y es parte integrante del proceso de desarrollo de un discurso político de doble sentido. En segundo lugar,

puesto que los partidos han perdido sus posiciones de poder e influencia gubernamental, están obligados a confiar exclusivamente en su red partidaria y en sus vínculos con otras fracciones de la sociedad civil para apoyar las actividades de las organizaciones específicas. Debe señalarse que también esto constituye una desventaja para los independientes, ya que éstos no han ganado lo que los activistas de los partidos perdieron: poder e influencia gubernamental. Y en tercer lugar, el gran énfasis que el actual contexto político pone en las organizaciones de la sociedad civil conduce a un proceso de reproducción de los militantes de partido que favorece a aquellos que actúan dentro de las organizaciones civiles. Esto ocasiona una tendencia creciente hacia la ruptura de las líneas de diferenciación entre organizaciones civiles y partidos. Las primeras se vuelven cada vez más sustitutos de los segundos, desde el momento en que las actividades partidarias son mantenidas por una identificación con intereses sectoriales.

No todos los partidos han sido favorecidos de la misma manera por esta transferencia de actividades a las organizaciones civiles, ya que no todos los partidos contaban con la misma penetración previa o con oportunidades para desarrollar adherentes dentro de ellas. Sin pretender ser totalmente inclusivos, diríamos que existen tres grandes fracciones significativas de organizaciones civiles. La primera es la Iglesia y toda una serie de organizaciones que surgieron bajo sus auspicios durante el presente período. La segunda está integrada por los sindicatos. Y la tercera son las instituciones culturales y sociales. Examinaremos brevemente cada una de las tres.

Se hará evidente que tanto los demócratas cristianos como los partidos de la izquierda marxista han tenido ventajas para hallar medios de expresión a través de estas instituciones.

### 1] *La Iglesia y su "sombriilla"*

Durante los primeros años del gobierno militar se restringieron las actividades de muchas de las más características organizaciones civiles chilenas, como las asociaciones estudiantiles, sindicatos, comisiones de barrio, etc. La Iglesia no sufrió el mismo grado de restricción y, como consecuencia, se convirtió en "sombriilla" para una serie de organizaciones y actividades de sectores de oposición que se cubrieron del vendaval utilizando su protección. Esto fue posibilitado por el hecho de que la Iglesia misma evolucionó rápidamente hasta emitir una voz disonante con la del gobierno. Las críticas de la jerarquía —y su mensaje de oposición— se centraban en tres temas: una vigorosa repulsa de la desconsideración del gobierno por los derechos humanos, un énfasis en los costos sociales de la nueva política económica y una negativa a permitirle al régimen utilizar la doctrina social de la Iglesia como fórmula de legitimación. Debe señalarse, sin embargo, que la Iglesia evitó una confrontación fuerte y directa con el gobierno cada

vez que ello pareció inminente. El objetivo último de la jerarquía fue preservar la viabilidad institucional y, en general, esto significó una buena disposición a acceder a las demandas del gobierno cuando éstas no eran comprometedoras. Según observa Brian Smith, la jerarquía adoptó una posición sin ambigüedades de crítica al gobierno sólo cuando algunos civiles y demócratas cristianos fueron objeto del ataque gubernamental.

No corresponde analizar aquí en detalle las diversas expresiones de las actividades de la Iglesia. Bastará decir que su Vicariado de Solidaridad (originalmente denominado Comité por la Paz), que cuenta con apoyo interreligioso, ha sido la principal organización para prestar asistencia legal a los detenidos y ha producido abundante documentación —publicada en siete volúmenes— sobre arrestos arbitrarios y desapariciones. Las parroquias y lugares de reunión de la Iglesia ubicados en sectores populares han albergado actividades organizativas de los barrios, centradas por lo general en asuntos de solidaridad. Éstos incluyen las cocinas populares para niños con hambre, comités de familiares de desaparecidos o desempleados, clubes de madres para enseñanza de oficios, etcétera. La Iglesia también ha promovido organizaciones para proporcionar asistencia técnica y créditos a cooperativas de obreros o campesinos, para producciones culturales, etcétera. Las publicaciones de la Iglesia, que incluyen artículos de crítica al régimen, tienen gran circulación y sirven de conducto para trabajos escritos de intelectuales y líderes opositores que utilizan seudónimos.

Con toda evidencia, son los demócratas cristianos los que más se benefician con la posición adoptada por la Iglesia. Ésta les proporciona importantes bases institucionales para conservar un nexo entre sus núcleos de apoyo en los barrios de miseria, en las cooperativas de obreros y campesinos e inclusive en el movimiento obrero. Los militantes del partido, por lo tanto, se mantienen activos a través de estos conductos, asegurando la sobrevivencia de una opción demócrata cristiana a través del período autoritario y para un futuro electorado de una eventual apertura democrática. El voto católico conservará una expresión propia, vehiculizada por una sigla partidaria específica ligada a una alternativa de régimen democrático. A este respecto, es tentador comparar a Chile con la España de Franco. Los excesos anticlericales de las fuerzas republicanas arrojaron a la Iglesia al campo antirrepublicano y a una identificación con el primer período del régimen franquista. Esta identificación socavó la posibilidad de conservar un partido identificado con los sectores católicos y que pudiera surgir como opción franca en una apertura democrática.

No debe interpretarse, sin embargo, que los estrechos lazos entre la Iglesia y los demócratas cristianos producen efectos negativos en los demás partidos. Tanto directa como indirectamente la Iglesia, al proporcionar una "sombrija" a los demócratas cristianos, crea también un espacio de alivio para los partidos restantes. Particularmente importante ha sido el papel de la Iglesia al dar protección a los intelectuales desplazados de todos los partidos, los cuales, a su vez, desempeñan una importante función creando

puentes entre las diversas organizaciones políticas y suministrando un conjunto de talentos que responden críticamente a las políticas y acciones gubernamentales.

## 2] *Los sindicatos*

El movimiento sindical constituye uno de los mejores contextos organizativos para la reproducción de militantes de partidos en un momento en que están suspendidas las contiendas electorales. Los sindicatos permiten que los partidos coloquen a sus militantes en posiciones de importancia dentro de la dirección de la clase trabajadora y conserven un contacto y una presencia activos en las bases. Los sindicatos constituyen también un centro importante de actividad altamente organizada, especialmente cuando se permite algún tipo de tratativa formal colectiva. Y puesto que pueden aducir que hablan en nombre de miles de trabajadores, los dirigentes sindicales máximos se convierten en actores políticos protagónicos en períodos en que las direcciones partidarias tienen vedada la aparición en público. El movimiento obrero constituye así uno de los mejores sustitutos de las organizaciones partidarias.

Solamente en los dos últimos años incrementó el movimiento obrero el ritmo de sus actividades. Antes de ello, el gobierno militar había emprendido grandes purgas de líderes de izquierda e inclusive de trabajadores de base; asimismo, había prohibido todas las reuniones sindicales y las elecciones para renovación de las direcciones. Los dirigentes a nivel de fábrica fueron seleccionados simplemente mediante la designación de los trabajadores con mayor antigüedad para llenar las vacantes. Las actividades del movimiento obrero se redujeron a ocasionales declaraciones públicas de crítica emitidas por los dirigentes máximos de la confederación sindical, que generalmente eran de orientación demócrata cristiana. Las actividades de los militantes se expresaban principalmente a través de las manifestaciones del 1º de mayo y de ocasionales acciones en las grandes minas y plantas de tratamiento del cobre. La crisis económica, a su turno, puso una severa sordina a la militancia sindical.

El cambio de los últimos dos años sobrevino como consecuencia de las presiones ejercidas sobre el gobierno chileno por la American Federation of Labour-Congress International Organization (AFL-CIO) con la amenaza de boicotear todos los embarques a y desde puertos chilenos. Para evitar el boicot, el gobierno acordó convocar a elecciones sindicales y permitir que se volviera a las tratativas colectivas.

Como señala Manuel Barrera, las elecciones de las direcciones a nivel de fábricas fueron convocadas con 48 horas de anticipación y realizadas

el 31 de octubre de 1978.<sup>51</sup> Se prohibió que fueran candidatos los obreros que tenían una anterior militancia política reconocida y los que habían ocupado cargos en direcciones sindicales. Cada trabajador o trabajadora podía votar por quien quisiera, ya que no había boletas impresas con los nombres de los candidatos. Simplemente se pedía a los trabajadores que escribieran los nombres de sus elegidos en una boleta blanca que les entregaban las autoridades de la inspección sindical.

A pesar de las restricciones de que fue objeto el proceso electoral, observadores bien informados de tres partidos diferentes que fueron entrevistados en diciembre de 1979, señalaron que alrededor del 60% de los nuevos dirigentes estaban vinculados a los partidos comunista o socialista, y que alrededor del 35% eran de orientación demócrata cristiana. En otras palabras, la formación de un conjunto completamente nuevo de dirigentes sindicales sin experiencia reprodujo una distribución de adhesiones políticas similar a la que prevalecía en las direcciones sindicales antes del golpe militar de 1973.

El hecho de que los partidos de izquierda (y en menor medida los demócrata cristianos) no hayan perdido su presencia en el movimiento obrero no es algo sorprendente. Debido a que dichos partidos poseen largas vinculaciones con el movimiento obrero, es mucho más fácil para ellos utilizar su experiencia y recursos para reproducir a sus propios militantes dentro de las organizaciones de la clase obrera. El hecho es que la suspensión formal de las actividades sindicales no suprime el desarrollo entre los obreros de las redes de los lugares de trabajo. Es de sobra conocido el hecho de que el lugar de trabajo origina muchos vínculos y asociaciones informales, en los cuales los obreros pueden encontrar la ayuda y la guía de los más experimentados y en los que algunos son reconocidos por sus cualidades personales y liderazgo potencial. Lo más frecuente es que, en un ambiente represivo, los militantes de los partidos tiendan a convertirse en líderes de esos grupos informales, ya que por lo general son los más articulados y expresivos. Son también los que mayor conciencia tienen de los recursos externos (tales como asistencia legal, contactos políticos, ayuda financiera o simplemente solidaria) con los que los obreros pueden contar en caso de necesidad. En consecuencia, al organizar una elección con tan escasa anticipación y sobre la base de boletas manuscritas, los resultados tienden a favorecer a los que son ya líderes reconocidos de grupos informales. Además, puesto que el procedimiento de boletas manuscritas produce una considerable dispersión de votos, la elección tiende a concentrarse en aquellos que están en contacto con esos grupos informales, o inclusive en los que constituyen núcleos, aunque pequeños, bien organizados. Por consiguiente, las elecciones de octubre de 1978 dieron origen a una dirección sindical en una minoría significativa de los sindi-

<sup>51</sup> Véase Manuel Barrera, "Política laboral y movimiento sindical chileno durante el régimen militar", artículo presentado en el seminario "Seis años de régimen militar en Chile", patrocinado por el Latin American Program of the Woodrow Wilson International Center for Scholars, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

catos del país, dirección que, al mismo tiempo, era legítima a los ojos del gobierno y genuina desde el punto de vista de los trabajadores, y que no se apartaba sustancialmente de la experiencia política previa.

El año siguiente, es decir, en octubre de 1979, el gobierno emitió finalmente su nuevo conjunto de leyes laborales. El objetivo de estas leyes es poner límites al poder y efectividad de los sindicatos, un punto que está tan claro que originó una condenación unánime y poco común de todos los líderes sindicales, inclusive de los que formaban parte de la confederación sindical inspirada por el gobierno. Un aspecto importante de la nueva legislación es que se inicia un ronda de tratativas colectivas con los empleadores, altamente atomizadas y controladas. Si bien los trabajadores participan en esas negociaciones con grandes desventajas incluidas en la ley, ésta por otro lado abre el camino para la realización de asambleas sindicales, abiertamente y por primera vez desde 1973. Estas asambleas significarán para los trabajadores la rara oportunidad de expresar abiertamente sus quejas y para los líderes la de subir nuevamente a un estrado y hablar sobre los temas del día. Finalmente, una consecuencia importante de la nueva ley es la de introducir una gran complejidad técnica en el proceso de tratativas laborales. Esto obliga a las direcciones sindicales sin experiencia a recurrir a la ayuda legal externa, la cual, dada la exigüidad de los fondos sindicales, deberá provenir por lo general de las redes partidarias, reforzando su importancia en el campo sindical.

Debe señalarse que la competencia entre partidos es mucho mayor en los sindicatos que en las organizaciones de solidaridad. Además, para actuar con éxito en el movimiento obrero los partidos necesitan bastante fuerza organizativa. Por consiguiente, las actuales divisiones del Partido Socialista no auguran nada bueno a su capacidad para mantener su posición como una de las principales expresiones políticas del liderazgo sindical. De manera similar, dada la falta de presencia de los radicales en el sindicalismo chileno, excepto en la federación de maestros y en algunas fracciones de los servicios públicos, el Partido Radical está claramente en desventaja respecto de los demás partidos. Los comunistas y los demócratas cristianos, cuyos sindicatos son fuertes en sectores algo distintos, tienen las mayores posibilidades de ganar en el marco actual a expensas de los otros grupos.

### 3] *Instituciones sociales y culturales*

Antes de 1973, los activistas y simpatizantes de los partidos contribuyeron a crear toda una serie de organizaciones sociales y actividades culturales. En las aldeas de muchas regiones, por ejemplo, podían observarse los clubes radicales, centros sociales donde la gente podía pasar el tiempo entretenida en juegos de salón. Frecuentemente los departamentos contra incendio —compuestos de voluntarios— eran organizados y dirigidos por personas vinculadas a una orientación política particular. Los clubes

deportivos constituían un medio muy utilizado para encapsular a la juventud en redes de individuos de la misma orientación política. La fenomenología de la vida en aldeas y barrios chilenos abunda en tales ejemplos, aun cuando las coloraciones partidarias particulares de los diferentes grupos permanezcan debajo de la superficie de las conversaciones diarias. La sociedad chilena sigue mostrando estos fenómenos, si bien los clubes específicamente "radicales" (o con cualquier otra sigla) han desaparecido. De hecho, desde 1973 los militantes de los partidos han realizado un gran esfuerzo para crear organizaciones inofensivas como los clubes deportivos de barrio.

Las producciones teatrales y los festivales folclóricos, jamás dedicados a transmitir mensajes políticos en el pasado, actualmente los incorporan en una atmósfera más cargada. Esas actividades ofrecen la oportunidad de expresar en reuniones públicas un rechazo sutil pero evidente de la propaganda oficial y sus perspectivas para el futuro. El doble sentido con significado político ha pasado a ser una de las bellas artes. El público espera esas expresiones y responde vigorosamente a ellas. Es bastante obvio que esas producciones llegan a un público limitado y su efecto no es el de producir adhesiones políticas sino más bien el de desarrollar una cultura de oposición que refuerza las grandes tendencias no representadas en los círculos gubernamentales.

Las universidades constituyen centros importantes para el desarrollo de esta cultura de oposición. En los centros de altos estudios el movimiento estudiantil opositor ha dirigido gran parte de sus esfuerzos a la producción de una serie de hechos culturales y folclóricos. Los recitales de poesía de Pablo Neruda, junto con conferencias sobre su obra, han constituido, en particular, una actividad favorita de la juventud de izquierda. Los estudiantes con un grado mínimo de sofisticación pueden advertir rápidamente cuál de los partidos está promoviendo un acto particular. Para un observador externo, en cambio, es difícil la identificación puesto que las diferencias pertinentes forman parte de la cultura sutil de la vida estudiantil.

En gran medida el movimiento estudiantil ha sido reducido a tales actividades, ya que la dirección estudiantil formal fue designada directamente por las autoridades universitarias. Frecuentemente esa dirección es pasada por alto, ya que las quejas estudiantiles conducen a discusiones espontáneas sobre lo que los estudiantes quieren corregir, un proceso que estimula la formación de direcciones estudiantiles informales. En abril de 1978, las autoridades convocaron inesperadamente al cuerpo estudiantil de la Universidad de Chile —de lejos la más grande del país, con sedes en prácticamente todos los centros urbanos principales— para que eligieran presidentes de curso. La rápida campaña de las elecciones condujo a un resultado que los observadores, inclusive aquellos que escriben en el periódico *El Mercurio*, calificaron de victoria para el movimiento estudiantil de oposición. Solamente en la Escuela de Agricultura pudieron los candidatos oficiales obtener la mayoría. El resultado se produjo pese a varias purgas de estudiantes y después de una fuerte reducción del número de

estudiantes de extracción obrera. Todos los partidos de oposición, inclusive los más pequeños como el Movimiento de Acción Popular Unitaria, actúan en la política estudiantil.

En resumen, a pesar de los esfuerzos del régimen militar por despolitizar la sociedad chilena, el marco actual ha dado lugar a un mayor sentido de politización en las expresiones organizadas de la sociedad civil. Este es el resultado de la violenta abrogación de los mecanismos institucionales tradicionales de la esfera política, la cual origina un desplazamiento hacia las organizaciones civiles como sustitutos del escenario político. Las organizaciones civiles proporcionan espacios a través de los cuales los partidos pueden mantener vínculos activos con fracciones de la ciudadanía, espacios que se apresuran a ocupar cuando se les da la oportunidad de hacerlo al ablandarse el brazo represivo del gobierno.

Este nuevo marco político ha estimulado a los partidos a formar militantes que puedan actuar hábilmente dentro de las organizaciones de la sociedad civil. En consecuencia, los partidos reproducen sus cuadros militantes adoptando una estrecha identificación con intereses sectoriales. Puesto que no todos los intereses encuentran expresiones organizadas, esta transferencia de las actividades partidarias a la sociedad civil favorece a los partidos que tienen mejores interrelaciones con los intereses sectoriales organizados. La izquierda, en particular, dada su asociación histórica con el movimiento obrero urbano, es favorecida por este desplazamiento del partido a la organización de la sociedad civil, inclusive en el caso del Partido Socialista, cuyas divisiones pueden debilitar la efectividad. La cobertura institucional de la Iglesia proporciona a todos los partidos —pero en particular a los demócratas cristianos— una excelente base para la reproducción de militantes a través de las actividades sociales y políticas. La reproducción de estos cuadros militantes es un elemento importante para el mantenimiento de la sigla partidaria y de la alternativa organizada que éste representa para el electorado de una eventual apertura democrática. Los partidos que reproducen a sus militantes pueden también producir sus direcciones. Consecuentemente, no tienen por qué confiar sólo en el reconocimiento del nombre de sus líderes máximos —que pueden no sobrevivir— para atraer los votos que corresponderían a su tendencia en el electorado.

Si bien este artículo ha subrayado la importancia de los partidos políticos en el panorama político chileno y su capacidad para mantener la presencia en el espacio organizativo definido por el régimen, es importante concluir señalando que los partidos chilenos no están ausentes de un debate público con el régimen. Tampoco se ocupan exclusivamente de mantener la viabilidad de su organización particular. Pasos significativos han sido dados para ampliar los marcos partidarios, en un esfuerzo por definir un régimen postautoritario y el futuro sistema de partidos.

No puede rebatirse que la presencia pública corresponde principalmente al Partido Demócrata Cristiano. Su situación de organización semilegal cercana a la Iglesia, cuyos más prominentes líderes —como el ex presidente

Frei— son sustancialmente inmunes a la represión gubernamental, le da a este partido un margen considerable de maniobra. A través de sus principales voceros y sus medios de comunicación, particularmente su exitoso semanario *Hoy*, el partido ha podido responder vigorosamente a la agenda pública fijada por las acciones del gobierno. Al principio se ocupó principalmente de proteger a los miembros y la organización del partido y de criticar los programas económicos del gobierno. Más recientemente, encabezó un intento por estructurar una alternativa legítima a los esfuerzos del régimen por redefinir las instituciones políticas de la sociedad. El mejor símbolo de esta acción es la iniciativa por establecer una comisión contraconstitucional, destinada a redactar un documento alternativo al preparado por la Comisión Constitucional del gobierno. El objetivo inmediato de la comisión fue preparar un documento constitucional que sirviera como contraparte de la propuesta gubernamental. Las implicaciones de largo alcance del esfuerzo, en cambio, han sido la estructuración de un amplio proceso de consulta entre elementos de diferentes partidos para reflexionar juntos sobre el futuro de la estructura constitucional de la nación.

Para que la contracomisión fuera legitimada, debía incluir representantes de todas las tendencias políticas adversas al régimen. El "Grupo de los 24", así denominado por el número de miembros del principal grupo de trabajo, incluye de hecho a personas provenientes de todos los partidos, que actúan en su propio nombre pero que claramente traen a la comisión los puntos de vista de la extremadamente amplia gama de la política chilena, desde los comunistas a los conservadores. Como tal, la comisión constituye un logro extraordinario, en particular porque implicó la estructuración de innumerables subcomisiones que incluyeron aproximadamente a un millar de estudiosos, expertos y líderes de varias organizaciones que trabajan en los principales centros urbanos del país. Sus conclusiones han sido abarcadoras y ahondaron en todos los aspectos de la vida nacional, desde las discusiones altamente teóricas sobre la naturaleza de la "nacionalidad", hasta consideraciones sobre el futuro del sistema judicial, o el tema más controvertido y complicado de la propiedad social y las empresas del Estado, o el tema potencialmente deletéreo de un futuro estatuto que rija la conducta de los partidos políticos. En sus pronunciamientos públicos, la comisión ha subrayado la importancia de la democracia electoral como único sistema viable para el país, señalando que toda modificación del sistema institucional debe enraizarse en una continuidad constitucional que parte de la constitución de 1823, la que a su vez es una modificación de la de 1833.

El Grupo de los 24 ha servido así como base efectiva para que la oposición al régimen emita una respuesta colectiva y unificada al proyecto regenerador del gobierno. Asimismo, ha mantenido ante los ojos del público la expresión de una extensa gama de elementos que postulan el retorno a procedimientos democráticos arraigados en el pasado del país. Ha servido también como un medio efectivo para estimular el diálogo

entre líderes y grupos políticos que, pocos años atrás, estaban embarcados en conflictos amargos y mordaces, un diálogo que, en no pequeña medida, puede ayudar a delinear un futuro marco político en el que se pueda concordar o disentir. Juan Linz ha señalado que en los cuarenta años de franquismo en España nunca se llevó a cabo un esfuerzo organizativo similar, unificado y de amplia base, para definir un régimen futuro. Probablemente tampoco ha ocurrido en otras situaciones autoritarias, ni en Europa ni en América Latina.

No es nuestro propósito subestimar los formidables obstáculos que aún permanecen y dificultan un amplio entendimiento entre los grupos políticos. La crecida importancia de la ideología bajo un régimen autoritario donde no hay elecciones constituye un obstáculo más para llegar a bases comunes. Más significativamente aún, las dificultades para legitimar una dirección partidaria interna en condiciones represivas —que hemos descrito antes y que afectan en particular al Partido Socialista—, convierten a todo diálogo interpartidario en una empresa extremadamente azarosa. Si para los propios líderes de un partido es difícil establecer la fuerza relativa de los líderes intermedios y de las facciones internas, la tarea es imposible para los líderes de otros grupos que, sin embargo, deben juzgar las credenciales y representatividad de sus interlocutores. Los dirigentes políticos chilenos deben tratar con varios representantes del Partido Socialista para evitar el riesgo de dejar afuera a una u otra facción. En tales circunstancias, los partidos semilegales como el demócrata cristiano y los muy cohesionados como el comunista pasan a representar las bases más sólidas del sistema de partidos que puede estructurarse mediante el diálogo.

Irónicamente, y debido precisamente a que dichas bases también representan los polos ideológicos del sistema (en particular por la ausencia de derechos democráticos), las posibilidades de una estrategia viable de liberación se reducen considerablemente. El futuro del diálogo interpartidario dependerá mucho de la capacidad del Partido Socialista Chileno para superar algunas de sus dificultades internas, y también de la capacidad de otros grupos más centristas —como los radicales— para unificar sus diversas facciones y contribuir a cubrir el centro del espacio político.

Como quiera que sea, cualquier observador imparcial concluiría que es grande el avance realizado, tanto para proporcionar una presencia permanente de los partidos en el espacio organizativo disponible e inclusive oficialmente definido, como para asumir la considerable tarea de estructurar el tipo de entendimiento necesario para una futura apertura del régimen.

## Conclusión

Desde su comienzo mismo, el gobierno militar chileno calificó su cometido de regenerador, es decir, destinado a transformar las características básicas del sistema político del país. Por esa razón, el objetivo de su política represiva abarcó pronto no sólo a los partidos y grupos de izquierda sino a importantes elementos políticos tales como el Partido Demócrata Cristiano y varias organizaciones de la clase media. Si bien los gobernantes militares han sido lentos en el diseño de un orden político alternativo, algunas medidas, como la promulgación de una nueva legislación laboral, la transformación del aparato del Estado y el cambio radical de la política económica, han sido instituidas con ese objetivo.

Sin embargo, la destrucción del sistema político chileno y, más concretamente, de sus partidos y del sistema de partidos (objetivo básico del gobierno de Pinochet), es algo muy improbable en el futuro próximo. La experiencia de otros países como España, con una trayectoria mucho más larga de régimen autoritario que siguió a un período más ambiguo de gobierno democrático, apunta a la permanencia de lo que hemos llamado "panorama político". Las tendencias claramente definidas del electorado encuentran expresión en partidos políticos organizados que han actuado durante varias generaciones. La limitación de las actividades organizativas y electorales de los partidos, en lugar de debilitar la política contribuye a congelar la posición de los líderes reconocidos, estimula la preocupación por los temas ideológicos y desplaza la atención de los partidos de las adhesiones electorales a una preocupación por penetrar las esferas de la sociedad civil. Indudablemente, la viabilidad de las organizaciones partidarias les ha permitido no sólo mantener su presencia en instituciones y grupos preexistentes, sino ocupar el nuevo espacio organizativo instituido por las autoridades para "curar" el país de partidos y políticos. Dicha tarea ha sido facilitada por la disolución de la derecha como movimiento organizativo y por la falta de disposición de las autoridades a lanzar un movimiento político propio capaz de absorber a la derecha tradicional y captar nuevos elementos de apoyo. Esta falta de disposición es producto no sólo de la renuncia de los militares a seguir un curso movilizadorio, sino de su sospecha de que tendrían que afrontar el severo desafío de las persistentes adhesiones a los partidos y de la capacidad organizativa de los grupos políticos.

Es posible colocar al régimen chileno dentro de la forma general de los regímenes latinoamericanos reaccionarios que llegaron al poder para frenar la excesiva movilización y/o implementar un modelo más dinámico de desarrollo de conformidad con las presiones de intereses nacionales e internacionales. Esta caracterización, sin embargo, corre el riesgo de pasar por alto las grandes y, en el largo plazo, significativas diferencias entre regímenes que surgen de distintas experiencias políticas previas. La clave es que la caracterización de un régimen debe ir más allá de la mera des-

cripción de un gobierno. Esta última se limita a las intenciones de los gobernantes, sus asesores y aliados, y al impacto de corto plazo sobre los grupos perseguidos y no perseguidos. La caracterización de un régimen, en cambio, implica un enfoque mucho más amplio, que trascienda las acciones e intenciones gubernamentales y analice la naturaleza de los elementos de oposición y la interacción de dichos grupos entre sí y con el gobierno. A su vez, la comprensión de los grupos opositores sólo puede ser alcanzada mediante una consideración previa de la naturaleza del sistema político y de la historicidad de los grupos, particularmente de los partidos políticos, anterior a la llegada del régimen autoritario.

No estamos abogando por una especie de relativismo cultural, según el cual cada país afronta condiciones diferentes inclusive frente a lo que se presenta como notables paralelismos entre los regímenes autoritarios. Tampoco estamos en contra de la importancia de un esfuerzo por llegar a una comprensión generalizada del fenómeno autoritario. Lo que postulamos es que una taxonomía de los regímenes autoritarios no puede valerse exclusivamente de las características exteriores de tales regímenes, sino que debe tomarse en cuenta el contexto en el cual dichos regímenes son impuestos. Las importantes diferencias entre los casos chileno y argentino se deben menos a diferencias en el nivel de represión o de la política gubernamental, que a las características muy diferentes de los sistemas políticos que sucumbieron ante el gobierno militar. Darse cuenta de esto es importante no sólo para caracterizar los regímenes, sino para comprender sus perspectivas futuras y las perspectivas de una eventual apertura democrática.